

# Cuatro ensayistas colombianas

## idea y fábula

Juan Felipe Restrepo David

*Para Juan Manuel Cuartas Restrepo*

**L**as voces femeninas en el ensayo colombiano del siglo xx hay que buscarlas en la crónica. Es en el mundo del periodismo, especialmente en las columnas, donde tuvieron su mayor despliegue. Ahí mostraron que una de las más potentes maneras de pensar es narrando las propias historias y las de los demás, que en el discurrir de la anécdota aparecen las relaciones y paradojas que son las hipótesis de interpretación de la realidad; o sea, que las ideas no son privativas de las elaboraciones abstractas, sino que nacen y se entienden también en la cotidianidad, la común a todos. El desarrollo de los argumentos y los estudios de las más variadas áreas del conocimiento, las más cautivantes y desatadas especulaciones, las quejas y lamentos como escritoras y mujeres, los dardos y las ironías sin piedad, construyeron, por decirlo así, la presencia del “ensayismo” de su escritura.

Me explico: de alguna manera, el siglo xix cuenta con la imponente obra de Soledad Acosta que tiene mucho de ensayística en sus viajes, notas, diarios, cartas; y en pleno siglo xxi podemos hacer un acopio importante de bibliografía ensayística escrita por mujeres, muchas ellas de filiación académica y, por supuesto, periodística: una mirada detenida a los catálogos de las editoriales universitarias y a las columnas de opinión de algunos periódicos y revistas culturales y literarias, mostraría la vitalidad del ensayo (Piedad Bonnet, Carmen Elisa Acosta, Judith Nieto López, Margarita Valencia, Marina Lamus Obregón, Patricia Aristizábal, Lina María Aguirre, Paloma Pérez, Carolina Sanín, Andrea Mejía, Marda Zuluaga, Daniela Londoño...).

Lo que sucede es que tal mirada no puede restringirse a una categoría de género literario,

clásica y tradicional. Antes que ensayo, como un escrito con unas condiciones y características específicas y fácilmente distinguibles (circunscritas por lo general en un sentido argumentativo), hay que ampliar la perspectiva y más bien flexibilizar los términos: comprender y deleitarse con la naturaleza ensayística de muchos tipos de textos que necesitan de la hibridación para poder ser; por eso hay tantos artículos, reseñas, tesis, columnas, crónicas, reportajes, prólogos, entrevistas, dramaturgias, permeados de ensayo, o viceversa, tantos ensayos invadidos de una y mil formas de expresión escrita y visual. De entrada, todo esto supone algo aún mucho más complejo y fascinante: al ensayo no lo define solamente una forma “discursiva” como tal. El ensayo puede ser un estilo pero es también un pensamiento y una búsqueda: la de las propias concepciones del mundo en que vivimos y la voz con que las expresamos. Ensayo como actitud vital que afirma la posibilidad de múltiples certezas: pluralidad y diferencia.

No es de extrañar, entonces, que las más importantes, por citadas y consultadas, antologías de ensayo colombiano —y de las latinoamericanas que incluyen a Colombia— y de los estudios y ensayos sobre “ensayo colombiano” rara vez, pero muy rara vez, incluyan a una ensayista. La mayoría han privilegiado formas muy definidas del género, fácilmente identificables y poco conflictivas. En *Ensayistas colombianos* (1946), selección de Guillermo Hernández de Alba, se menciona de pasada en el prólogo a Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1671-1742) y su *Vida y sentimiento espirituales*, aunque se la menosprecia por no tener la altura de Juana Inés de la Cruz. En *Ensayistas colombianos del siglo xx* (1976), antología de Jorge Eliécer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda, ni por



De izquierda a derecha: Sofía Ospina de Navarro, Emilia Pardo Umaña, Elisa Mújica, y Valentina Marulanda.

las sombras aparece el nombre de alguna ensayista, ni en los escogidos ni en el prólogo. En *Antología del ensayo en Colombia* (1997), Óscar Torres Duque, compilador y prologuista, incluye por primera vez a una mujer: Elisa Mújica (1918-2003); se terminaba el siglo y solo una ensayista ingresaba a un canon creado por ensayistas hombres, y, como los anteriores cánones, oficial y caprichoso. En *El ensayo en Antioquia* (2003), Jaime Jaramillo Escobar, encargado de la selección, escoge a unos cuarenta ensayistas, todos hombres (de la más variada fauna social, cultural, política, artística); ni una mujer es nombrada, ni siquiera en una nota al pie.

De otro lado, en el larguísimo capítulo de Javier Arango Ferrer dedicado al ensayo colombiano, en sus *Horas de literatura colombiana* (1978), se menciona, en un rápido listado de ensayos “antropológicos”, a Virginia Gutiérrez (1921-1999) y su *Organización social de la Guajira* (1950); no hay un comentario, tan solo una mención entre páginas y páginas dedicadas a ensayistas hombres. En el célebre *El ensayo: entre la aventura y el orden* (2000), Jaime Alberto Vélez, un formidable ensayista y pensador del género, tiene en cuenta tres o cuatro nombres en la tradición colombiana (Luis Tejada, Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Baldomero Sanín Cano...). En *La poética del esbozo* (2014) de Efrén Giraldo, quizás el más inteligente y exhaustivo estudio sobre ensayo colombiano realizado hasta hoy, no hay dedicación a alguna ensayista colombiana; en todo caso, el centro de foco, se explicita siempre, es la obra de Sanín

Cano, Téllez y Gómez Dávila. Ahí termina la lista para Colombia, suficientemente ilustrativa para el caso de las ensayistas. En Latinoamérica bastarían dos ejemplos: en *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991) de José Miguel Oviedo y en *El ensayo hispanoamericano del siglo xx* (1981) de John Skirius no hay una sola colombiana.

En todo caso, con la nula o rara presencia de mujeres en el ensayo colombiano, o lo que conocemos o nos han divulgado como tal, lo que sí es cierto es que ensayo escrito por mujeres en Colombia ha habido, y no poco, en el siglo xx: el problema ha sido de perspectiva de géneros literarios. Estamos acostumbrados (perjudicialmente en exceso, diría) a aceptar que aquello que se etiqueta como poesía, cuento, novela, crónica, dramaturgia, ya lo es y punto, sin posibilidades de cuestionar o considerar que la dramaturgia puede ser narración o ensayo, o que el cuento y la poesía se alimentan del ensayo, a pesar de las modas de los géneros “híbridos” y de las “aperturas” de las formas artísticas y literarias (piénsese en las obras de Borges, Cortázar, John Berger, María Zambrano, Susan Sontag, Rosa Montero...).

El lugar de esas ensayistas, repito, no fue el género definido y encuadrado que se ha denominado ensayo, y que por evitar muchas veces enredos de “deslindes” genéricos se le dieron ciertas categorías que las antologías, entre otros, se han encargado de promocionar; por ejemplo, aquella idea equívoca de que el ensayo únicamente piensa y no narra —mírese a Montaigne: no son pocas las anécdotas e historias de las que se sirve para reflexionar un tema o simplemente para entretenerse. Fue la crónica el lugar de ellas, o al menos de la mayoría. Cronistas-ensayistas que promulgaron una obra atrevida, auténtica, aún fresca, incluso agresiva y de ideas contrastantes y contradictorias. Justo porque se permitían

relatar lo mínimo, cotidiano y familiar en tanto emocional, descriptivo y honesto, lograban un estilo que como forma les ofrecía la oportunidad de moverse entre la discusión y la negociación, entre lo obvio y lo secreto. Eso, muchas veces, les evitó la pose y la presunción: por lo general, no se encuentra en su escritura algún tipo de competencia o de ansiedad por la visibilidad, al contrario, hay continuas excusas por esa escritura que las hace públicas, que las expone en sus posturas estéticas, políticas, culturales, pero esa es una discusión para otro momento.

Un caso ejemplar ha sido el de Rocío Vélez de Piedrahíta (1926): sus crónicas, híbridos entre relato, opinión y ensayo, se reunieron en el título *Entre nos* (1959, tomo I; 1973, tomo II). Y aunque no exclusivamente cronistas pero vinculadas al mundo del periodismo de alguna manera, o de la academia y la vida cultural, también hay que citar los casos de Magda Moreno (1900-1964), y su *Dos novelistas y un pueblo* —Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón— (1960); de María Helena Uribe de Estrada (1928-2015), y su *Fernando González: el viajero que iba viendo más y más* (1999); de Helena Araújo (1934-20015), y sus *Signos y mensajes* (1976) y *La Scherezada criolla* (1989); de Monserrat Ordóñez (1941-2001), *De voces y de amores* (2005), reunión de su obra crítica y ensayística; de Aura López Posada (1933-2016) y su *Mujer y tiempo* (2009), selección de sus crónicas entre 1979-2004, publicadas en *El Mundo* y *El Colombiano*. Ahora bien, quisiera detenerme en cuatro ensayistas: estoy convencido de que su obra representa algunos de los momentos más fascinantes de nuestra tradición ensayística colombiana. Traerlas al presente, volver a ellas, es mantener vivo su diálogo.

#### *Sofía Ospina de Navarro* (1893-1974)

Si uno tuviera en cuenta su casta presidencial conservadora (nieta de Mariano Ospina Rodríguez, sobrina de Pedro Nel Ospina y hermana de Mariano Ospina Pérez), podría dejarse llevar fácilmente de algún prejuicio de pensamiento católico intolerante, por ejemplo; pero nada más lejano a Sofía. Las tres reuniones en libro de sus crónicas y relatos, *Crónicas y cuentos* (1926), *La abuela cuenta* (1964) y *Crónicas* (1983), son un dechado del más agraciado estilo y del más delicioso humor que la crónica y el ensayo colombianos hayan presenciado,

semejantes a Luis Tejada y Julio César Londoño. Su escritura breve, maliciosa, juguetona, imprudente, lanza las ideas como carbones encendidos para que a veces estallen como pólvora o para que se olviden en medio del camino. Si algo no preocupa a Sofía es algún propósito de trascendencia. En ella, la escritura nace y quiere regresar a la fuente de la conversación: el sentido digresivo de lo oral, su ligereza e impredecibilidad. En sus palabras a veces parece verse su gesto, su mirada y manoteo de señora curtida en las lides y mañas de su clase social pero, al mismo tiempo, con su percepción muy bien puesta en todas las capas de la realidad que vivió. Ella es retrato de una época por la riqueza de sus ideas y descripciones, pero sobre todo es una lección de cómo una verdadera obra necesita de un sello único, personal.

#### *Emilia Pardo Umaña* (1907-1961)

Había nacido un 9 de diciembre, y años después, un 19 del mismo mes, un infarto la sorprendía en su apartamento de Bogotá, donde vivía sola; Emilia, de un metro cuarenta y nueve, moría a los cincuenta y cuatro años cumplidos, y legaba la obra de la que había sido quizás la periodista, columnista y cronista colombiana más importante de la primera mitad del siglo XX, como lo demuestran Lina Flórez y Pablo Pérez, dos periodistas que, como pocos, conocen y divulgan su vida y obra (“Emilia Pardo Umaña: memorias de la primera columnista colombiana”, 2012). Sus hondas filiaciones conservadoras no le impidieron colaborar en los más importantes periódicos de las décadas del treinta y del cincuenta. Algunas de sus crónicas y columnas fueron recogidas en el libro *La letra con sangre entra* (1984); lo demás, una obra ingente, aún dispersa, permanece en hemerotecas. Su estilo no tardó en hacerse notar tan pronto entró en el ruedo: su mordacidad, mezcla de un toque de crueldad y burla infantil, era candente; Emilia era una inteligentísima lanzadora de dardos, sabía dónde estaba la herida y apuntaba directo a ella. Tenía el poder de encantar y de alarmar, le gustaba la contracorriente y los desvíos, y para ello se inventó a dos personajes, envolventes y cautivantes, que de cuando en cuando firmaban columnas: “Ki-ki, la doctora en amor, consultorio sentimental”, todo un deleite de cinismo y sentido común; “Ruperta Cabezas, diario de una empleada doméstica”, parodia de problemas sociales en el

registro tierno y coloquial de una necesitada. La obra de Emilia recuerda que una de las maneras de descubrir el estilo es escribiendo sin buscar el agrado de los demás, ni su aplauso ni complacencia: siendo honesto con el propio decir.

*Elisa Mújica (1918-2003)*

Elisa bien podría ser la escritora colombiana más importante del siglo xx. Sus cuentos, novelas, literatura infantil, su diario y cartas, son el testimonio de una pasión férrea, indeclinable. Y en ella sucede que su ensayística es una especie de autobiografía intelectual: las dos primeras partes de su “Introducción a Santa Teresa” (1981) son una brújula para la misma obra de Elisa; entre otras cosas, allí se arriesga a responder a la pregunta por la escritura femenina, que para ella fue esencial, como una distinción y una creada autorrepresentación, y por su lucha social, política y espiritual de la mujer en Colombia. Y su introducción, “Raíces del cuento popular en Colombia”, a su libro de relatos *Las altas torres del humo: con catorce cuentos de Margarita* (1985), es una larga exposición y reflexión sobre lo que significa narrar, sus implicaciones culturales e ideológicas, en tanto sujetos de una cultura, en este caso, popular. La obra ensayística de Elisa comienza a conocerse en su plena madurez literaria: su escritura es una lección de paciencia, de cómo las ideas y los intereses se decantan, pasando por los íntimos filtros, hasta que llega su momento; esa paciencia la hizo precisa y poética, independiente y soberana. Su oficio se sustentó en una confianza que sabía esperar la esquivada llegada de las respuestas.

*Valentina Marulanda (1949-2012)*

Su escritura y su percepción es la de quien ha visto, sentido y escuchado la realidad por medio de los lentes de la literatura, la filosofía y la música. Sus dos libros, *Primera vista y otros sentidos* (2004) y *La razón melódica* (2012) dan cuenta de una singularísima intuición, que a su vez es una postura estética: la contemplación detenida que revela una propia voz, por eso su obra, con ser tan breve, fue labrada idea por idea; como si llevara las palabras consigo, cada día, hasta hacerlas transparentes, sencillas, pero dejándoles su misterio. No hay una escritura impulsada por el mero oficio del escritor que produce; su palabra surge cuando hay un decir que la soporta y la anima, como la actitud del poeta, y eso lo demuestran a cabalidad dos de sus

magistrales ensayos: “De filosofía y fábula” (2012) y “Del valle de lágrimas al mar de la felicidad” (2012). Un estilo se edifica con las decisiones y especialmente en los desaciertos, pero, ante todo, se impone (como lo decía Barthes). Y esa imposición, inevitable, tiene su arraigo en la vida que se elige, en la época en que se nace, en los miedos y secretos confesados o silenciados. Y esa es la huella de Valentina: la escritura ensayística es la necesidad de un pensamiento creador.

El ritmo que puede percibirse en la escritura de estas cuatro ensayistas —así como en las muchas mencionadas— se alimenta en una vivencia de la intimidad (tan reconciliada como conflictiva consigo misma) que no teme mostrar los contornos y fisuras de su realidad, precisamente porque allí están las raíces de su creación y pensamiento; ese gesto de honestidad es como un sacrificio: como pocos géneros literarios (entre ellos, la crónica), el ensayo es esquivo a las máscaras, exige una entrega de sí en tantos niveles e intensidades que admite poca negociación en lo que se decide dar y ocultar; por más racional que sea el género, hay gran cantidad de movimientos en su escritura que escapan a la obsesión del control. Vida y obra son una potente confluencia de belleza y reflexión; separarlas es herirlas, despojarlas de verdad, abandonarlas a la orfandad de la incompreensión y la infertilidad. ¿Que esto sucede con la escritura ensayística en general? Claro que sí. Solo que en ellas no hay imposición, tan solo opciones y posibilidades: la modulación narrativa de sus voces recuerda, a cada momento, que ampliar el mundo de la vida es un viaje de interminables espejos en los que se nos devuelve el reflejo de los otros: los que negamos u olvidamos, los que no hemos sido capaces de ver o escuchar. Ellas corroboran que el ensayo es también una escritura de los sentidos. ■

**Juan Felipe Restrepo David**  
(Colombia)

Nació en Chigorodó en 1982. Es filósofo de la Universidad de Antioquia. Mestre em Letras de la Universidad de São Paulo. Colabora para la *Revista Universidad de Antioquia* desde 2005. Publicaciones: *Voces en escena: dramaturgia antioqueña y Conversaciones desde el escritorio: siete ensayistas colombianos del siglo XX*. Actualmente, es editor de la Editorial de EAFIT y Candidato a Doctor en Humanidades en la misma institución.

